

NOTAS

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

PEDAGOGIA DE SECRECIONES INTERNAS

De "El Sol" Marzo 1920—Madrid

I

De 1850 a 1900, por uno u otro camino, vía Darwin o vía Lamarck, se llegaba siempre a definir la vida esencial como una adaptación al medio (1). Tal modo de pensar conducía por fuerza a atender con excesiva predilección aquellas funciones orgánicas que operan directamente sobre el medio envolvente y que consisten, bien en amoldarse a él, bien en transformarlo. El pelo blanco de la liebre polar sería la aceptación por su parte del color de la nieve sobre que corre milenariamente. En cambio, sus zancos y la velocidad de su carrera son adaptaciones más positivas: merced a ellas el animal huye, esto es, cambia un medio peligroso por otro favorable. En fin, la mano, sobre todo en el hombre, es el órgano ejemplar de la adaptación creadora, que consiste en transformar provechosamente el medio.

En estas funciones el organismo confina inmediatamente con el medio, con el exterior: son funciones que concluyen fuera del

(1) Así Weissmann, último gran pontífice del "neo-darwinismo": "Todo es adaptación. Adaptación de hoy, de ayer o de los tiempos más remotos". "La teoría de la selección", 1909.

individuo y que, por lo tanto, podemos llamar externas. Las secreciones digestivas son, en este sentido no menos externas que la locomoción o la aprehensión manual, puesto que actúan sobre la realidad exterior que, en forma de alimentos, ha sido introducida en el estómago. (2)

Habitados los naturalistas a considerar las funciones externas como el prototipo de la acción vitalmente útil, no sabían bien qué pensar de muchos órganos interiores cuya función no parecía rozarse directamente con el medio. Así toda la serie de glándulas ocupadas en segregar sustancias que son absorbidas difusamente por el organismo y en él desaparecen sin tropezar en ningún punto de su trayectoria con el mundo exterior. Miradas desde la teoría en uso tales órganos y tal función de íntimas exudaciones, parecían completamente inútiles. Ahora bien, la inutilidad es el escándalo biológico como la contradicción es el escándalo lógico.

Por razones, cuyo mero enunciado prolongaría indebidamente estas páginas, la biología de la adaptación propende a considerar la vitalidad como la suma de funciones singulares relativamente independientes. Vida sería, según esto, ver + oír + andar + digerir..., como el río es la colección de los arroyos y riberas preexistentes. Esta propensión hacía olvidar o cegarse para todos aquellos fenómenos que presentan al ser vivo funcionando integralmente, de modo que cada una de sus funciones es operación del organismo entero. No hace mucho que comenzaron los laboratorios a estudiar con mayor cuidado todos estos procesos de

(2) A fin de no complicar más este ensayo, doy, por supuesto, según las ideas recibidas, que haya una sección de la funcionalidad orgánica susceptible de ser interpretada como una adaptación al medio. Pero claro es que ni mi opinión ni lo que importa más, la de los biólogos actuales, admite ese pacto. Los fenómenos de adaptación verdadera son sólo anormales. Basta recordar los hechos hoy conocidos de la nutrición y la inmunidad para convencerse de que la vida, más bien que una adaptación, parece un ataque al medio.

unidad funcional (3). Merced a ello, se inicia una interpretación de la vida inversa de la tradicional: en lugar de aparecernos como una suma que resulta de ciertos sumandos previamente existentes, adquiere más bien el cariz de una división, esto es, de una especificación. La vitalidad es anterior y creadora de sus funciones concretas, el río es padre del arroyo (4).

Al amparo de esta tendencia, confesada, tácita o aún inconsciente en muchos investigadores, se ha descubierto la profunda importancia biológica de aquellos órganos y funciones que antes parecían inútiles. No hay, por ventura, en la ciencia actual capítulo más revolucionario de las viejas concepciones que la doctrina de las secreciones internas. (5). Ahora resulta que sin esas exudaciones íntimas nada funcionaría en el ser vivo. La glándula vierte su jugo en las canales sanguíneas, y al través de su maravillosa red, acaso también por medio del sistema nervioso, hace llegar a los lugares más apartados del cuerpo su sustancia específica excitando la actividad de aquéllos, deprimiéndola, equilibrando y regulando cada función con el resto. Considerando la acción excitadora como la más característica, Starling ha llamado a la sustancia básica de la secreción interna "hormona", lo "incitante". He aquí, pues, que la hormona no es útil para adaptación ninguna al mundo exterior: la secreción hormonal no concluye fuera del organismo, no es tangente al medio, no vierte su influjo fuera, no es función externa; por el contrario, nace y termina en la intimidad fisiológica, vierte dentro, es función interna.

(3) Véase: A. Pí y Suñer, "La unidad funcional", 1917.

(4) En 1879 decía ya el botánico De Bary: "No son las células quienes forman la planta, sino la planta quien forma la célula". Signo inequívoco de los tiempos es que un hombre tan cauteloso y de medias tintas como Oskar Hertwig considere esta fórmula como casi aceptable en su última obra: "La génesis de los organismos", 1918.

(5) (Véase: Gregorio Marañón. "La doctrina de las secreciones internas", 1915.

De esta sencilla averiguación ha nacido la rama más importante de la terapéutica actual y gracias a ella la medicina se prepara a un gigantesco progreso. Ahora, par obtener el perfecto desarrollo de un órgano o la exactitud de su funcionamiento, no se atiende a él, no se actúa sobre él, antes bien, olvidándolo por completo, se acude a tratar en un plano más hondo de la fisiología esta o aquella secreción interna.

Aparte de sus aplicaciones médicas, dentro de la pura teoría biológica pertenecen las secreciones internas a la clase general de los fenómenos de regulación, que hoy van invadiendo la atención de los laboratorios. Ahora bien, frente a las funciones de adaptación y funcionamiento de los órganos representan las funciones de regulación un orden más profundo de la vitalidad y están mucho más cerca que aquéllas de lo que he llamado vitalidad primaria. El uso que el cangrejo hace de sus pinzas es relativamente mecánico, si se compara con el hecho de que ese mismo cangrejo, rota una de sus pinzas, hace nacer otra nueva en el mismo sitio de su cuerpo. Este es un fenómeno de regeneración, al cual Driesch y otros grandes naturalistas consideran como una forma especial de la regulación. Que un infusorio puesto en movimiento prosiga en la misma dirección, es relativamente mecánico en comparación con un cambio de trayectoria en ese movimiento. Jennings ha estudiado minuciosamente todas las variaciones del movimiento como casos de regulación. Y así, sucesivamente, porque la lista no acabaría nunca.

Pasemos ahora a la vitalidad psíquica. También ella ha padecido los mismos errores y manías que la biología corporal durante la pasada centuria. Pero no son éstas lugar ni ocasión para hacer un esquema de la historia de la psicología en los últimos ochenta años. Lo que estrechamente importa a nuestro tema es que también, al observar la vida psíquica, hallamos, por lo pronto, funciones que, sin dejar de ser psíquicas, cabe llamar externas en el sentido que arriba he fijado. La percepción proporciona una

aprehensión adecuada del medio, la memoria conserva ésta, tesauroziza nuestras noticias del mundo real y las ciencias naturales, usando de aparatos mentales económicos—como la industria de sus máquinas—, amplían nuestra recepción del medio restaurando el pasado y anticipando el porvenir. Asimismo la conciencia moral al uso adapta nuestros apetitos al contorno social eliminando aquellas acciones nuestras que la colectividad castiga o cuando menos reprueba. De este modo sabemos querer lo que, según normas objetivas—esto es, impuesta por el medio—se debe querer.

Todas estas funciones vierten, pues, hacia afuera, confinan con el medio y son regidas por él o directamente en vista de él.

Pero si penetramos alma adentro, hallamos estratos más profundos de vida psíquica, que no es fácil filiar como adaptaciones al medio; antes bien, parecerían audaces inadaptaciones. Y es curioso advertir, desde luego, que esa trastierra espiritual, esa fauna psíquica inadaptada, es mucho más rica, enérgica y abundante que la prudente y útil.

Escojamos un ejemplo entre mil, perteneciente a nuestra vida de voluntad. En la conversación solemos usar, como equivalentes, las ideas de querer y desear. La observación psicológica muestra, sin embargo, que una y otra se refieren a fenómenos psíquicos muy distintos. Querer es querer la realidad de algo, y, por tanto, querer los medios que lo realizan. En última sustancia, es siempre un querer “hacer” algo. Desear, en cambio, es lo que solemos expresar con más rigor cuando hablamos de un “mero deseo”. El deseo, en sentido estricto, implica el darse cuenta de que lo deseado es relativa o absolutamente imposible.

Pues bien, en el niño esta diferencia no existe. Ignora que unas cosas son posibles y otras no. Su volición tiene un cariz anterior a esta diferencia entre querer y desear. Cuando la experiencia le va mostrando la imposibilidad de satisfacer ciertos apetitos, y la técnica, para satisfacer otros, su voluntad propiamente tal se va retirando de muchas cosas que persisten, no obstante, co-

mo apetecibles bien que irrealizables. El contacto con el medio selecciona del tesoro enorme de apetitos primarios, unos pocos que resultan prácticos mientras el resto perdura desarticulado de su realización exterior, en calidad de “meros deseos”. Ciertamente que nada puede ser querido si no ha sido antes objeto de un apetito primario; pero no todo lo que anhelamos lo queremos. De la cuna a la sepultura es la existencia una lucha de fronteras entre nuestras voliciones y nuestros deseos, y en cada instante podríamos hallar en nosotros una zona confusa donde no sabemos si nuestro querer es un mero desear o nuestro desear es ya un querer. Entre ambas provincias interiores hay ósmosis y endósmosis constantes. El deseo es un querer fracasado, es el espectro de una volición: más, por otra parte, sigue en él viviendo el apetito primario siempre presto a transformarse otra vez en voluntad cuando lo que ayer era imposible parece hoy realizable. El deseo nutre el querer, lo excita, gravita constantemente sobre él moviéndolo a ampliarse, a ensayar una vez y otra la realización de lo que ayer era imposible. El deseo es, pues, una función interna. Impráctico si se le confronta con el medio; es útil como regulador de la voluntad y de otras funciones anímicas. Cuanto mayor sea nuestro repertorio de deseos, más grande es la superficie ofrecida a la selección en que se va decantando el querer. El deseo, por lo tanto, vierte su influjo dentro del organismo psíquico.

Es erróneo suponer que un simple aumento de posibilidades multiplica las voliciones. El “nuevo rico” no sabe qué querer; de aquí su falta de originalidad en las adquisiciones que hace, la mayor parte de ellas sin apetito verdadero. Se orienta en los deseos de los demás y compra lo que otros querrían. Contra lo que se cree, sin embargo, el “nuevo rico”, el “indiano”, el “emigrado” da un pequeño contingente al lujo social aunque casos aislados y ruidosos muevan a pensar de otro modo. Es muy característico del hombre humilde que asciende rápidamente a la riqueza, y no es de condición vanidosa, seguir haciendo vida modesta por

carecer de “necesidades” (6). Generalmente tarda una generación en desarrollarse la vena de los apetitos hasta henchir el cauce de las posibilidades económicas.

Yo sospecho que, si algún día se hace en serio la historia económica de España, aparecerá nuestra raza como mucho más pobre en deseos que en riqueza. Por este motivo no ha podido nunca formar en el coro de laudes a la sobriedad ibérica, a la falta de necesidades del español. Debilidad en la secreción psíquica interna del deseo, trae consigo mengua de vitalidad e inaptitud para la cultura y la civilización, que son, a la postre, no más que el reboso y la sobra de aquélla.

En un artículo sobre “el arte fenicio”, muestra Renan las vicisitudes de penuria y esplendor por que ha pasado Siria, según la varia condición de sus dueños. “Con el triunfo—dice— de los sarracenos y el islam comienza la barbarie. La barbarie, en este país, es siempre el triunfo del beduino, del hombre que tiene pocas necesidades”. (7)

Una pedagogía de adaptación tenderá, movida por su miope utilitarismo, a podar en el niño y el adolescente toda la fronda del deseo dejando sólo aquellos apetitos que el maestro juzga practicables. Con ello vendrá a hacerse cada vez más angosto el círculo de la voluntad y menos briosos los ímpetus de ensayo. Una pedagogía de secreciones internas cuidará, por el contrario, de fo-

(6) Wernar Sombart, en “El capitalismo moderno”, tercera edición, 1919, atribuye suma importancia para la evolución económica al apetito de lujo en los que alguna vez llama impropriamente “nouveau riches”. El industrial que se enriquece, el capitalista, será “nuevo rico” en comparación con la nobleza feudal; pero es un tipo humano totalmente distinto de aquel que súbitamente, por un azar favorable de la economía social, resulta rico. El mismo Sombart hace notar, y es bien sabido de todo industrial perspicaz, que no basta con lanzar al mercado el nuevo producto, sino que es precisa una labor especial, a veces larga y difícil, para suscitar la “necesidad” de él.

(7) Renan: “Mélanges religieux et historiques”.

mentar los apetitos formando un abundante "stock" de ellos en el alma juvenil.

Pero hay en nuestra vida psíquica fenómenos donde el carácter de función interna aparece con mayor pureza y rigor que en el deseo.

II

Más a la intemperie que el cuerpo presenta la psique su actuación como un todo solidario, como una unidad funcional. Nuestros pensamientos y apetitos singulares no aparecen juntos merced a un zurcido sino que se les siente nacer de cierta raíz íntima y como manar de cierto hontanar profundo y único.

Para que se entienda lo que pretendo decir, atendamos, por lo pronto, no al conjunto sino sólo a un menudo trozo de nuestra vida psíquica: los pensamientos e intenciones que sobre una persona tenemos y los actos que hacia ella ejecutamos se revelan, si miramos bien, como concreciones particulares de un sentimiento inicial o previa actitud de simpatía o antipatía que desde luego surgió en nosotros respecto a ella. Lo mismo que las flores, hojas y frutas van saliendo del árbol según la ocasión de las estaciones y los cambios del clima, así de aquella emoción primera brotan nuestras opiniones, propósitos y actos hacia el prójimo. Todos ellos, sea cualquiera su contenido particular van teñidos de aquel sentimiento inicial favorable o adverso. Un mismo juicio sobre dos personas distintas aparece a lo mejor ante nuestra visión íntima como cargado de electricidades contrarias. La censura que a alguien hacemos nace acaso en nosotros de un sentimiento de amor mientras esa misma censura dirigida a otro sale envenenada de una fuente rencorosa.

Pues esas emociones matrices de nuestras ideas y actos se originan a su vez de una radical fluencia psíquica que lleva sobre sí toda nuestra fauna íntima, más aún, que la suscita o anula, la alimenta o deprime, la dirige y regula. Llamarla sentimiento es

impropio porque de ella nacen los sentimientos mismos y es menos concreta, más precisa que éstos. Es más bien como el pulso de vitalidad propio a cada alma, manantial que luego se deshace en los mil arroyos de nuestro pensar, sentir y querer, y que deshecho en ellos, adopta las formas más claras pero también más mecanizadas de los cauces por donde fluye.

Alguna claridad obtendremos si decimos que ese pulso psíquico, o llamándolo impropriamente, ese sentimiento de vitalidad es en unos hombres de tonalidad ascendente; en otros, de tonalidad descendente. Hay quien siente brotar su actuación espiritual de un torrente pleno de energía, que no percibe su propia limitación, que parece saturado de sí mismo. Todo esto nace en almas de este tipo con la plenitud magnánima de un lujo, como un rebosamiento de la interna abundancia. En este clima vital no se dan, por lo menos con carácter normal, las envidias, los pequeños rencores y resentimientos. Hay, por el contrario, en otros hombres un pulso vital descendente, una constante impresión de debilidad constitutiva, de insuficiencia, de desconfianza en sí mismos (8). No necesitan temperamentos tales compararse con otros individuos para encontrarse menguados. Lo típico de este fenómeno es que el sujeto siente su vivir como inferior a sí mismo, como falto de propia saturación. La fauna y la flora internas de este clima vital decadente llevan el estigma de su origen: todo en ellas será pequeño, canijo, reptante, temblón, torvo. Es la atmósfera en que la envidia fructifica y el resentimiento sustituye a la actitud amorosa, la suspicacia a la generosidad (9).

(8) Han de entenderse estas palabras como refiriéndose exclusivamente a nuestra personalidad psíquica, aparte de nuestro bienestar o malestar corporales, cualquiera que sea la influencia de éstos sobre aquélla.

(9) En los psicólogos alemanes se habla muy frecuentemente de un "sentimiento vital", *Lebensgefühl*. Con este nombre se alude, sin embargo, a un fenómeno muy distinto del que arriba menciono. Por "sentimiento vital" entienden ellos exclusivamente la suma o resultante de nuestras sen-

Cuanta atención se preste a estas dos formas de pulso vital será escasa. De que dominen la una o la otra entre los hombres de una época depende todo, la ciencia como el arte, la moral como la política. En un caso, la historia asciende, la energía y el amor, la nobleza y la liberalidad, la idea clara y el buen donaire se elevan dondequiera sobre el haz planetario como espléndidos surtidores de vital dinamismo. En el caso opuesto, la historia declina, la humanidad se contrae estremecida por convulsiones de rencor, el intelecto se detiene, el arte se congela en las academias y los corazones se arrastran tullidos y decrépitos.

Del mismo modo, a poco que tratemos un individuo percibimos inequívocamente a qué tipo de pulsación vital pertenece. Si es de tonalidad ascendente nos sentimos al apartarnos de él como contagiados de su plenitud y mejorados por una inefable corroboración vital. Si es de tonalidad descendente, notamos que, sin saber por qué, se nos han cegado de pronto fuentes de interna actividad, que trozos de nuestra alma han caído en parálisis, que su periferia experimenta una rara contracción y encogimiento, en fin, que en nuestra atmósfera íntima soplan insólitas ráfagas de acritud.

No hay que esperar a la valoración ética de estos dos tipos de pulso vital. Antes que hable la ética tiene derecho a hablar la pura biología. Sin salir de ella, desde un punto de vista estrictamente vital, nos aparece el uno como un valor biológico positivo, como vitalmente bueno; el otro como un valor biológico negativo, como

saciones orgánicas o intracorporales (sensaciones de tensión muscular, vasculares, vago-simpáticas, algedónicas, etc.), en que se funda esa impresión que solemos expresar diciendo: "Ahora me siento bien, o mejor, o mal". Excluye, pues, ese sentimiento del estado carnal la vida propiamente psíquica. Además es como un balance de innumerables sensaciones previamente dadas, no su fuente. Sea dicho de paso que aun en este sentimiento y por razones que no son del momento, me parece erróneo este concepto tan usado en la psicología contemporánea.

vitalmente malo. Luego vendrá la ética y habrá lugar para discutir si lo moralmente bueno y lo moralmente malo coinciden o no con esos otros valores vitales.

Por lo pronto tenemos que asegurar la salud vital, supuesto de toda otra salud. Y el sentido de este ensayo, suponiendo que lo tenga, no es otro que inducir a la pedagogía para que someta toda la primera etapa de la educación al imperativo de la vitalidad. La enseñanza elemental debe ir gobernada por el propósito último de producir el mayor número de hombres vitalmente perfectos. Lo demás, la bondad moral, la destreza técnica, el sabio y el "buen ciudadano", serán atendidos despues (10). Antes de poner la turbina necesitamos alumbrar el salto de agua.

La pedagogía al uso se ocupa en adaptar nuestra vitalidad al medio, es decir, no se ocupa de nuestra vitalidad. Para cultivar ésta tendría que cambiar por completo de principios y de hábitos, resolverse a lo que aún hoy se escuchará como una paradoja, a saber: la educación, sobre todo en su primera etapa, en vez de adaptar el hombre al medio tiene que adaptar el medio al hombre (11); en lugar de apresurarse a convertirnos en instrumentos eficaces para tales o cuales formas transitorias de la civilización debe fomentar con desinterés y sin prejuicios el tono vital primigenio de nuestra personalidad.

Para ello necesita aprender el tratamiento de las funciones psíquicas internas.

Entre éstas las más profundas y eficaces son los sentimientos. Sería interesante si el espacio no lo vedara, desarrollar con alguna minucia el paralelismo entre sentimientos y emociones de un

(10) Este sería el lugar para mostrar que ninguna de esas calidades es posible normalmente sino como emanación de una sana vitalidad. Pero las proporciones de estos artículos lo impiden.

(11) Nada más característico de la inversión a que se van sometiendo las ideas biológicas en nuestros días que los admirables ensayos de von Uexküll para estudiar la vida como una adaptación del medio al organismo. "Ideas del siglo XX".

lado y las secreciones internas de otro (12). Sabido es que la actividad sentimental constituye una de las grandes objeciones contra el darwinismo y, a la par, uno de los problemas más difíciles en biología. El sentimiento, por lo menos primariamente carece de utilidad externa. Que al tocar con el dedo una llama experimente el sujeto una sensación de dolor es útil, porque provoca el movimiento de retirar la mano. Pero que esa sensación de dolor suscite además un sentimiento de desagrado a veces tan vivo que lleva a contraer los músculos de la cara y a verter lágrimas no parece de provecho alguno. A veces el perjuicio es evidente. El miedo que la percepción de un peligro origina produce en ocasiones la paralización de la motilidad impidiendo la huida oportuna.

Pero no voy ahora a perderme en esta sugestiva ruta de la biología del sentimiento y de los gestos expresivos que de él se disparan. Me basta hacer notar al lector la superfluidad del sentimiento mirado desde el punto de vista de las actividades externas. La alegría o la tristeza son funciones internas, inútiles si se las refiere a la periferia de la vida, a la adaptación exterior pero de clara eficacia si se mira hacia el centro íntimo de la vida. Por que, en resolución, ese pulso vital de que antes hablaba se nutre, potencia y regula a sí mismo por medio de emanaciones sentimentales.

Cuando en una corriente eléctrica se abre o cierra un circuito prodúcense corrientes inducidas que reobran sobre la corriente primaria de donde nacieron. Muy semejante a este fenómeno fi-

(12) El atraso en que la psicología actual se encuentra respecto a los fenómenos sentimentales es sencillamente escandaloso y un síntoma inequívoco de lo que fué el alma de estos últimos ochenta años afortunadamente transcurridos ya. Mis oyentes universitarios pudieron advertir la incalculable ampliación que cabe dar al estudio de los sentimientos en las seis lecciones sobre el amor y el odio que incluí en mi curso del año pasado. Pero ¡ay! el público no se da cuenta de que trabajar en nuestra universidad es escribir sobre arena o esculpir el mar.

sico es la fisonomía de los sentimientos. Presentad al niño la imagen de Hércules echándose al hombro el toro de Creta o a Ulises sonriendo desde la marina mientras el Cíclope aúlla de dolor con el asta astuta clavada en la frente: en la fontana vital del niño se producirá un estremecimiento y de él brotará a poco una flúida oleada de cálida irreal materia que inundará el volumen entero de su alma. Es el entusiasmo, ardiente ráfaga íntima que cruza nuestro paisaje psíquico con todo el dinamismo exaltador de una primavera momentánea. Las porciones de la psique que acaso estaban entumecidas y como solidificadas vuelven a licuarse y fluir bajo el nuevo calor. Nos parece haber perdido de peso, nos sentimos capaces de todo e inertes un momento antes, advertimos con sorpresa en nosotros una súbita posibilidad de heroísmo.

La alegría, la tristeza, la esperanza, la melancolía, la compasión, la vergüenza, la ambición, el rencor, la simpatía y otras innumerables fuerzas del sentimiento tienen este mismo carácter de flujo humoral, que en el cuerpo caracteriza a las secreciones internas (13). La terminología más antigua indica ya la percepción de que los sentimientos tienen una consistencia flúida en comparación, por ejemplo, con los conceptos que son contenidos psíquicos de contornos precisos y que pulidos por la ciencia adquieren rigurosas aristas hasta parecer geométricos diamantes. Así melancolía significa propiamente "flujo negro" y nuestro idioma habla aún de buen humor y mal humor para denominar nuestro estado emocional. "Derramósele la melancolía por el corazón" dice Cer-

(13) Zoología y botánica han llegado a describir, diferenciar y clasificar minuciosamente hasta dos millones de especies animales y vegetales, sin que nadie las tache de bizantinismo. En cambio, la psicología sale al frente de la fauna y la flora psíquicas, tal vez no menos ricas que las otras, con tres o cuatro docenas de conceptos y aun esos toscos y mal diferenciados. Esto es imperdonable. La psique es infinitamente más ingeniosa que nuestra psicología. Yo espero que se nos deje a los psicólogos un amplio margen para más sutiles distinciones y clasificaciones.

vantes de Don Quijote en aquellos últimos capítulos tan delicadamente tristes.

Mediante reacciones sentimentales podemos, pues, favorecer o corregir el pulso radical de la vida psíquica. La técnica de estos influjos, la proporción o combinación en que deben suministrarse las corrientes emotivas es, sin duda, bastante complicada. Sin embargo, la importancia pedagógica de ciertas emociones corroborantes no ofrece lugar a duda. El niño debe ser envuelto en una atmósfera de sentimientos audaces y magnánimos, ambiciosos y entusiastas. Un poco de violencia y un poco de dureza convendría también fomentar en él. Por el contrario, deberá apartarse de su derredor cuanto pueda deprimir su confianza en sí mismo y en la vida cósmica, cuanto siembre en su interior suspicacia y le haga presentir lo equívoco de la existencia.

Por esto yo creo que imágenes como las de Hércules y Ulises serán eternamente escolares. Gozan de una irradiación inmarcesible generatriz de inagotables entusiasmos (14). Un pedagogo practicante despreciará estos mitos y en lugar de tales imágenes fantásticas procurará desde el primer día implantar en el alma del niño ideas exactas de las cosas. “¡Hechos, nada más que hechos!”—grita el personaje de los “Tiempos difíciles” a quien luego hace coro Mr. Homais. Para mí los hechos deben ser el final de la educación: primero mitos, sobre todo mitos. Los hechos no provocan sentimientos. ¿Qué sería, no ya de un niño, sino del hombre más sabio de la tierra si súbitamente fueran aventados de su alma todos los mitos eficaces? El mito, la noble imagen fantástica,

(14) Lo que hoy son para nosotros fueron a la hora de su nacimiento. En el libro que sobre Platón acaba de publicar Willamowitz-Moellendorf, el mejor conocedor de Grecia entre los vivientes, leo esto: “Has nacido bueno y puedes obrar certeramente con sólo querer. De tu propio esfuerzo depende todo y ni hombres ni dioses te estorbarán para que hagas lo que tienes que hacer. Para vencer, te basta con tu vigor, si sabes emplearlo. En estas palabras formularía yo lo que la leyenda de Hércules quería decir a los griegos”. *Platón: su vida y sus obras*, 1919.

es una función interna sin la cual la vida psíquica se detendría parálitica. Ciertamente que no nos proporciona una adaptación intelectual a la realidad. El mito no encuadra en el mundo externo su objeto adecuado. Pero, en cambio, suscita en nosotros las corrientes inducidas de los sentimientos que nutren el pulso vital, mantienen a flote nuestro afán de vivir y aumentan la tensión de los más profundos resortes biológicos. El mito es la hormona psíquica (15).

El arte, en general, tiene comparado con la ciencia un carácter de función interna. Es él una fabulosa inadaptación al medio y vive entero de irrealizar, de trastocar, de fantasmagorizar el mundo exterior. Por lo mismo, suele haber más vitalidad en el artista que en el científico, en el empleado o en el comerciante. Las personas exentas de sensibilidad y atención para el arte, esto es, los filisteos son reconocibles por un peculiar anquilosamiento de todas aquellas funciones que no son su estrecho oficio. Hasta sus movimientos físicos suelen ser torpes, sin gracia ni soltura. Lo propio advertimos en el sesgo de su alma. Juzgado desde un punto de vista ampliamente vital el "especialista" suele producir la impresión de un idiota. Y es que falta en él la potencia fundente y efusiva del arte que mantiene siempre despierta la fluidez psíquica azuzándola en todos sentidos, alerta y vivaz.

Pero no quiero yo ahora entrar en tan complejas cuestiones. Mi propósito en estos artículos se reducía a empujar la curiosidad de mis lectores habituales hacia problemas y aspectos pedagógicos poco frecuentados. Algún día, en lugar más idóneo tal vez vuelva sobre estas ideas con mejor orden y más amplitud, si entre tanto no se me derrama por el corazón demasiada melancolía.

JOSE ORTEGA Y GASSET

(15) El libro de Cannon sobre "Dolor, placer y secreciones internas" daría algún derecho a afirmar que no tardará la terapéutica en usar metódicamente las impresiones poéticas y, en general, artísticas como medicinas para curar enfermedades corporales.